

ATENEEO BARCELONÉS

INAUGURACION DEL CURSO
1962 - 63

LECCIÓN INAUGURAL POR EL
Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL
Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE
Ministro de Información y Turismo



Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 78041

Arm.

Est.

06 (46.71 Bar) - A6 2º

MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEO BARCELONÉS

INAUGURACION DEL CURSO
1962-63

LECCIÓN INAUGURAL POR EL
Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

DISCURSO DE CLAUSURA POR EL
Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE
Ministro de Información y Turismo



MINISTERIO
DE CULTURA



Ilmo. Sr. D. IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH

“ATENEO, TRADICION Y CULTURA”



MINISTERIO
DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA



Excmo. Sr. Ministro de Información y Turismo.

Excmo. Sr. Ministro Presidente del Consejo de Economía Nacional y Presidente Honorario de esta Casa.

Excmo. Sr. Capitán General de Cataluña.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo-Obispo.

Excmos. e Ilmos. Señores.

Señoras y Señores:

Permitidme que me manifieste abrumado por el peso de una íntima, casi diría inconfesable contradicción. Durante algunos años la delicada misión de abrir el curso en este Ateneo Barcelonés ha sido desempeñada por el ilustre antecesor que yo he tenido en esta Presidencia y que hoy es Presidente de Honor de la entidad, el Excmo. señor D. Pedro Gual Villalbí. Y verdaderamente estoy confundido, porque yo hubiera deseado que esta prolongada tradición no se alterara. En primer lugar, porque ni mi temperamento ni mis dotes son para estos merecimientos; en segundo lugar, porque no se trata ya de tener algo que decir, sino de *cómo* decirlo. Y cuando se han escuchado durante varios cursos lecciones tan vivas, tan penetrantes sobre nuestra realidad intelectual, sobre nuestra conformación a un mundo que da vueltas, a menudo contradictorio y confuso, cuando perduran en nuestro ánimo el eco y la huella de palabras con que mi ilustre antecesor abría cursos anteriores, dictadas todas ellas por su gran amor al Ateneo Barcelonés, os aseguro que el trance me complica la vida. Por eso os ruego que me excuséis y seáis benévolos simplemente por una razón: porque lo único en que no cedo a mi predecesor es en amor a esta casa y porque en definitiva, aun sin mérito alguno, como es mi caso, a ella se trata de servir.

Nos encontramos con que éste es el primer acto en que la nueva Junta del Ateneo Barcelonés participa en su conjunto de manera oficial, puesto que tomó posesión poco antes del último verano. El interregno veraniego era de mal cruzar para quienes, como nosotros, teníamos el deber de apurar el tiempo. Ya habréis advertido seguramente algunos, que los ocios veraniegos, naturales o, por lo menos, excusables en nuestras latitudes, no fueron ocios completos para la Junta naciente. A la magnífica labor desarrollada por la Junta anterior, que culminó

hace un par de años con la conmemoración verdaderamente brillante del Centenario del Ateneo Barcelonés, con un relieve que era el mayor estímulo que nosotros podíamos encontrar, a aquella dedicación tan viva era preciso corresponderla con una proyección dinámica que será la norma de nuestra actuación, por el tiempo que deba durar nuestro mandato, puesto que éste no es más que un servicio honroso y apócrifo a una entidad ciudadana y cultural de enorme abolengo. A la excelente disposición que nuestros antecesores nos legaron, quisimos enseguida ofrecer una muestra si queréis de poca monta, pero significativa, aprovechando los meses veraniegos de tránsito, que complementara una especie de ocio intelectual y de actividad eficaz ateneística. Esta labor se refería a ciertas transformaciones del salón donde estáis, a sus contingencias decorativas, es decir, a cierto decoro que sin alterar grandemente los rasgos tradicionales de la casa, la rehabilitara de acuerdo con un sentido más actual de los elementos ornamentales. Permitid una confidencia: si hubiéramos considerado que nos entregáramos a la dirección del Ateneo para confundir y mezclar la tradición con la yesería naturalista o con el terciopelo decimonónico, hubiéramos tenido que ir a buscar también en el siglo XIX las ideas y el énfasis que hoy ya están periclitados. Nuestros padres consideraron sin duda que a este salón del siglo XVIII había que añadirle algo especial para que resultara ateneístico. Nosotros, en la verdad o en el error, que en lo que concierne a la decoración son contingentes, creemos, hoy, que ya basta con que sea simplemente un salón barcelonés del siglo XVIII para que en él podamos conversar y debatir, con sosiego o con empeño. Hemos simplificado, sencillamente; y aunque ésta no sea del todo una estructura natural —que tampoco es preciso llevar las cosas al extremo—, hemos prescindido de mucho pintoresco, todo el que nos ha permitido nuestro escaso caudal y la urgencia del tiempo.

Naturalmente que estos menesteres nos han impedido fijar nuestra atención, obsesionarnos lo debido al menester de este acto y al espíritu propio de una función de apertura del curso, cuando se atropellan los días y es necesario establecer lo que se va a decir en la fecha inaugural; mis palabras, pues, están nacidas de la urgencia. Pero a medida que, en estos últimos días desaparecían del muro algunos oropeles y se devolvía al friso la gracia de sus figuras, con la simplificación de estas paredes, me sobrevenía en lo íntimo una suerte de pareja e imprevista simplificación intelectual e historicista; de modo que yo también iba quitando dentro de mí yesos inútiles, modas y modos, y me quedaba por dentro en un esquema dialéctico elemental.

Porque lo que importa sea tal vez el punto de arranque de las cosas y de las ideas; y era escaso punto de arranque el ornamentalismo y la falsa monumentalidad. En la urbana simplicidad de este antiguo y apacible salón, el punto de partida está en la misma concatenación de los sucesos. Yo no entiendo la historia sino a través de sus gentes; y en

el fondo de las tremendas muchedumbres que hoy la mueven por todas las partes del globo, está también la suma infinita de los corazones individuales, que laten cada uno de por sí. Y en el germen de los pueblos están las familias y dentro de todo, el hombre y su apellido. Ahí lo vemos, junto a nosotros, a nuestros pies. Esa ristra de tumbas romanas que fueron descubiertas hace algunos años y sobre las que duermen a la vez el Ateneo y nuestro ánimo mediterráneo, bordean un camino muy antiguo; y nos dan la idea de que también los muertos uno a uno avanzan por la historia. Las grandes hecatombes a las que hemos asistido no podrán borrar nunca la huella personal del ser humano que al pisar la historia la va, poco a poco, rehaciendo.

Pues, partiendo del hombre, ésta era una casa barcelonesa que en el año 1776 adquirió don Antonio de Ferrer de Llupiá y Vila-Sabasona, barón de Sabasona, natural de Vich, y a la que transformó en este, llamémosle, palacio. Decir Sabasona y Vich, sería decir toda la historia de Cataluña. Pero decir Sabasona, Vich y calle de la Canuda de Barcelona, en el año de gracia de 1776, es casi compendiar toda una historia española; tal como nosotros, que no somos historiadores sino hombres de la España de hoy, la podemos colegir y aceptar.

No tiene interés para nosotros la casa de Sabasona, que pervive en los predios de la Cataluña vieja, hasta que D. Antonio de Ferrer resolvió trasladarse a Barcelona. Lo que nos importa es el hecho mismo de esta determinación, que puede ser símbolo significativo e índice de una actitud social colectiva. Un año antes, en 1776, el Virrey Amat había hecho lo necesario para edificar en las Ramblas el más hermoso palacio privado con que cuenta nuestra ciudad. La determinación de D. Antonio no era seguramente un impulso de *sine nobilitá*, de «snobismo» de aquel tiempo. No lo era, porque los Sabasona no venían de las *afueras*, tal como hoy se diría de la comarca; venían de lo más hondo de la historia. Sin ánimo de fatigar a la concurrencia, debo decir que un tal Galcerán de Vilanova, señor de Sabasona, había acaudillado en 1507 una facción de nobles contra los menestrales, con tal ímpetu que el rey don Martín envió a Vich a un fraile, «un reverent religiós e de gran honestetat, Mestre Vicent Ferrer», al que conocemos actualmente como San Vicente Ferrer, quien gracias a sus dotes pastorales y convincentes, ante millares de gentes congregadas en la plaza del Mercadal de Vich, indujo a la concordia a los dos bandos. Pero la casa de Sabasona no había comenzado cuando San Vicente Ferrer convenció a Galcerán. Era antigua, por lo menos, de otros quinientos años, los de la marca carolingia. Fue, pues, según creemos, mutación histórica y no personal la que decidió a la familia Sabasona a instalar palacio en la Ciudad Condal, trayendo aquí sus modos de vida, su estilo señorial y hasta a su pintor de cámara —que también en Vich los había—; ese Francisco Plá «El Vigatá», del cual son, con seguridad, las pinturas del techo que hoy nos cobija.

El siglo XVIII fue, para las gentes de Cataluña, un siglo de rupturas, de decisiones y de tránsitos. Por eso vino don Antonio a Barcelona. El sitio de Barcelona en 1714, la victoria de la casa de Borbón sobre el Archiduque, produjeron movimientos de refracción muy diversos en la historia y en las gentes de esta tierra. En un decenio, la tierra de la marca fue invadida por dos veces por las tropas francesas. A través de la guerra se filtró la subversión y la revolución. Terminada la guerra se observaron algunos —sólo algunos— síntomas de recuperación biológica: la agricultura y el comercio, la industria y el trabajo, empezaron a florecer. El zarandeo y el riesgo bélico por un lado, que socava los cimientos y revienta los muros de las antiguas casonas; la inoperancia por otro de los elementos de gobierno y, sobre todo, el cambio de una dinastía, a la que los patricios habían servido, por otra a la que habían combatido con hostilidad, renovó totalmente las ideas, o mejor que ellas, la estrategia de las grandes familias catalanas. La diáspora que se produce entonces fue fecunda para una comprensión a largo plazo de nuestra política general. Es una dispersión que se convierte en una onda expansiva de incalculables dimensiones. En el orden político, porque algunas de las más revelantes casas de la Cataluña vieja se trasladaron a la capital de España para ser apresuradamente gratas a la nueva dinastía. En el orden intelectual, por la creación y la unificación de las universidades en la villa de Cervera. En el orden social, porque es en el instante mismo del advenimiento de Felipe V que se produjeron los principios del auge industrial de Barcelona, mucho antes de la intervención del maquinismo. En fin, en el orden económico porque es del siglo y de aquellos años cuando Carlos III revisa y suprime la antigua interdicción que pesaba sobre los catalanes para ir a instalarse a América. Este es, en conjunto, el siglo XVIII en los años en que los señores de Sabasona compraron este solar y edificaron esta casa; esta radical transformación de los tipos de vida catalanes coinciden casi con las fechas en que el señor de Sabasona debió de instalarse aquí. Y por el conjunto de ellos alcanzamos a presumir las justificaciones que tuvo el barón de Sabasona para romper con una tradición multiseccular.

Creemos que de todo este torbellino de acontecimientos que son fundamentales para la comprensión, no ya de la Cataluña moderna, sino de la España actual, quizás el que afectara con mayor impronta a la política general fue un acontecimiento ni político en sí mismo, ni económico, ni social: fue la creación de la Universidad de Cervera, en la que se unificaron las de todo el Principado, por decreto de Felipe V y como represalia por la actitud hostil de esas universidades hacia la nueva dinastía. Este acontecimiento llevó a una total reversión de los planes previstos, pero también contribuyó a una participación, quizás la primera, de los elementos catalanes en la política general, que con mayor o menor frecuencia ya no había de interrumpirse después.

El barón de Sabasona se instala aquí un año antes de que muera en Cervera el creador y el alma de aquella universidad, don José de Finestres y de Monsalvo. Esta figura, escasamente exaltada por los historiadores locales, es una de las más egregias personalidades que produjo la Europa estudiosa de su tiempo. Era un humanista en la más estricta y poderosa expresión del término. Era mucho más que un jurista, con ser uno de los más egregios conocedores del derecho romano. Era un profundo estudioso y un erudito. Su cultura latina y griega era asombrosa. El fue el promotor, el impulsor de aquel equipo de hombres de ciencia que se llamaron Mateo Aymerich, Tomás Cerdá, Bartolomé Pou, José Pons, Luciano Gallissá, Ignacio y Ramón Lázaro de Dou. El P. Mateo Aymerich, considerado como la primera figura filosófica de la escuela, enlazó la filosofía antigua con las nuevas corrientes y las ciencias físicas; el tarraconense Tomás Cerdá avanzó luego por el camino de Aymerich: «Cuando las tinieblas del peripato oscurecían sobremanera el horizonte de España —afirmó uno de sus contemporáneos, el Padre Tomás Cerdá, jesuita—, enseñaba en esta Universidad la filosofía con la buena luz de las ciencias exactas». Era un matemático de fama europea, llamado a Palacio por el rey Carlos III y nombrado por el rey, Cosmógrafo Mayor de las Indias.

Mas el empleo de esos hombres trascendentales de su tiempo en las disciplinas universitarias sólo tiene parangón con la resonancia de sus figuras más allá de las lindes de Cervera. No se trataba de una determinada línea o de una estructura filosófica concreta, o de un laboratorio cerrado. Las más dispares proyecciones alcanzaron los hombres formados en Cervera, precisamente por el hecho de haber sido formados allí.

Mientras Finestres no congenió con las teorías liberales de su siglo, Ramón-Lázaro de Dou tuvo, aunque limitado a un período accidental de su extensa biografía, una vertiente política importante, decisiva en la historia de España de la época, con repercusiones posteriores en la que nosotros vivimos: fue Ramón-Lázaro de Dou presidente de las Cortes de Cádiz; era un jurista ilustre, un latinista pulcro; quizás no fuera, como su maestro, un humanista, sino un hombre de leyes, un jurista puro.

Y al lado de esos hombres se formaba en Cervera el gran Antonio Gimbernat, quien por lo menos durante algunos años, estudió en Cervera las disciplinas anatómicas de ojos, corazón, laringe y pulmones, con práctica en animales vivos para ilustrarse en el movimiento del corazón y los linfáticos. Pasó de Cervera a estudiar en Cádiz, y de allí a profesar en Barcelona y de Barcelona a París, Londres, Edimburgo y Amsterdam. Vuelto a España aceptó el encargo de fundar el Colegio de San Carlos en Madrid. Su vida es fabulosa, como su obra y el impulso que dio a la ciencia médica española, excepcional.

Mas Cervera no son esos hombres egregios, esas grandes cumbres solitarias. Cervera no es tampoco el siglo XVIII, con exclusividad. La onda expansiva de Cervera llega hasta nosotros. De Cervera parten el arqueologismo, el excursionismo, el naturalismo, el romanticismo, éste asomando en la voz de aquel vate que se llamó don Manuel de Cabanyes, traductor y corresponsal de Byron y muerto, como Byron, en la flor de la edad. De Cervera parte la corriente directa que enlaza de Finestres a don Manuel Milá y Fontanals, y de éste a don Marcelino Menéndez y Pelayo. De Cervera parte el trasfondo equilibrado y racional de Balmes y es sólo ceriverina su manera de contemplar el mundo político de las luchas civiles en el siglo pasado y su propuesta, inatendida, de revisión y de conciliación.

A la luz de su formación humanística «enfocó Balmes todos los problemas con aquel humanísimo eclecticismo que es la característica del verdadero pensamiento español», dice de él Juan Bautista Soler-vicens. Y cita este compendio, de la pluma de Menéndez y Pelayo: «Su misma doctrina política, tan conciliadora, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe a la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz del fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínes a todos los partidos españoles».

¿Cómo no iba a ser así si Cervera, la universitaria, había nacido como una consecuencia de una lucha civil, la de la Guerra de Sucesión, si geográficamente está Cervera enclavada en los riscos por donde la discordia civil e ideológica tiene que transitar en piquetes y si, en definitiva, la liberalidad del humanismo permite alcanzar una larga explanada histórica? Cervera irradió hacia el interior de una España que se estaba moldeando figuras egregias y actitudes quizás dispares, pero bien intencionadas y fecundas. Pero después, la onda expansiva se retrajo; volvió a sus cuarteles la oleada expansiva, cuando otros acontecimientos vinieron a añadirse al cuadro, hasta entonces sinóptico, de la política general.

Estos acontecimientos nos adentran ya en el siglo XIX. Nos adentran y se convierten ellos mismos en todo el siglo XIX. El acontecimiento es la aparición, la irrupción del maquinismo en la vida española; pero no, por desgracia, en toda la vida española, sino particularmente, con excepciones, en esta vertiente de la vida española que es Cataluña.

Hemos dicho ya que la industria de tejidos existía pujante. El año en que don Antonio de Ferrer compró esta casa existían ya en Barcelona, que era una ciudad que no llegaba a los ciento cincuenta mil habitantes, más de treinta mil tejedores. A esos tejidos se les llamaba indianas, nombre significativo, que denota el impulso que dio a la economía regional el levantamiento de la interdicción promulgado por Carlos III. La prosperidad de la región en este orden duraría hasta que se cerrara ese comercio con la pérdida de las colonias en 1898. Pero

durante ese siglo y medio Cataluña hubiera participado, sin duda alguna, en la política general, si lo que le entraba, que eran las máquinas, no hubiera ido acompañado de las corrientes sociales y revolucionarias por un lado; y por otro, si no hubiera existido, de la parte de los forjadores de la riqueza, un espíritu jeremíaco e individual, en parte nacido de las estructuras familiares heredadas; en parte, producto del romanticismo arqueologista e historicista del siglo, que iba desde las novelas de Walter Scott hasta el naturalismo arquitectónico.

En definitiva, una Cataluña que veía enaltecer su sistema de vida con la prosperidad que le daba su adhesión a unos modos económicos de la más absoluta modernidad, se quería defender de la revolución pero, como no sabía cómo hacerlo, se refugiaba en la historia.

La modernidad de Barcelona, las bases de la estructura urbana actual, cosmopolita, de Barcelona, se cifran en este hecho: prosperar, ir a Madrid, pedir socorro, volver a Barcelona y continuar. ¿No tenían en cuenta de que con las máquinas va anexo el clima social del que las maneja? Barcelona ha vivido durante todo el siglo XIX, o por lo menos en la segunda mitad del mismo, preparándose para tener gobiernos a los que pudiera acudir cuando se le presentaran los problemas laborales. Naturalmente, la mayoría de las veces existía allí una tremenda sordera, pero no por intención malévol, sino porque, no habiendo llegado allí el maquinismo —ni al resto de España— geográficamente era indudable que visto desde el centro, este asunto era sólo un problema regional. Hasta que se convirtió, ya en este siglo, en problema nacional. Nos hemos pasado tiempo deliberando sobre si el problema regional estaba suscitado por los que gobernaban o por los que reclamaban. En realidad no era un problema, sino una disonancia. Como en esas comedias que representaban las niñas en los festivales escolares, una hada benéfica ha venido a deshacer el enredo: esa es el hada del mercado común, el hada de los cohetes y de los reactores, aquella hada que ensancha las zonas y provoca, con una varita mágica, que no haya problemas regionales en el mundo. Y mucho menos en el Mediterráneo que, como es sabido, significa etimológicamente «en mitad de la tierra».

El siglo XIX es el del maquinismo, pero también es el siglo de los Ateneos. La cultura quiere hacerse popular. En la mitad del siglo XIX se democratizan las grandes cumbres del pensamiento y los grandes volúmenes de la sabiduría se desmenuzan en folleto de quiosco. En los Casinos, sobre un pedestal, están casi juntas la diosa Ceres, la Industria y la Navegación.

En la encrucijada social del siglo XIX nació este Ateneo Barcelonés, cuya historia ya conocéis, entre otras cosas porque hace no más de dos años, con motivo del Centenario, la contó y revivió magistralmente el gran poeta, nuestro llorado y admirado amigo José María de Sagarra. El Ateneo Barcelonés, nacido de la fusión del Ateneo Catalán,

que se remonta a 1860, con el Casino Mercantil Barcelonés, ha sido espejo transparente de su tiempo.

Son ya lejanos los días en que entramos aquí y puedo decir que aquélla es una emoción que no se olvida. Eramos jóvenes y considerábamos, por tanto, la devoción cultural como un camino inagotable. Esta casa nos pareció un templo severísimo y complejo. Era como adentrarnos en una selva oscura, una selva intelectual; pero no estábamos a mitad del camino de nuestra vida, sino al comienzo; y en ese camino cuando más se avanza en los años, más se aclara el bosque. Yo envidio y admiro a los hombres que han sabido llegar a término y para los cuales la sabiduría, o aún la vida misma, ha sido un largo proceso de simplificaciones. Yo me pasmo ante los esquemas con que el maestro Eugenio d'Ors, mi querido maestro, compendia todo lo que había sabido dejar a un lado por accesorio e inútil, hasta llegar a la síntesis. Lo que a los veinte años queríamos devorar, que eran casi los ciento cincuenta mil volúmenes de esta biblioteca, se reducen ahora a los cincuenta que nos restan, quizás, por leer, de los simples trescientos que, bien elegidos, puedan constituir el bagaje de un hombre apresurado. Muchas son las lagunas. Entonces, a los veinte años, todo se quería saber: todos los libros y todos los hombres.

Porque, además de una gran biblioteca, ésta era una casa con escritores; era *la casa* de los escritores. En aquellos años ya lejanos, cuando entré en esta casa, los escritores eran una firma en un periódico, o unos apellidos que estaban en los lomos de libros que comprábamos con nuestro escaso peculio de estudiantes. Aquí aprendimos a conocer y a tratar a nuestros fantasmas célebres, a seres con pluma y con carnadura. Y si no en los libros, en ellos, en los hombres, y al cobijo de las paredes de este Ateneo, hemos aprendido muchas cosas.

Durante los meses que precedieron a la contienda civil, nos reuníamos todas las noches en uno de los saloncitos del tercer piso de esta casa, invariablemente unos cuantos amigos. Permitid, y excusad, que me adentre en el ámbito particular y cerrado de los recuerdos personales. Todos, excepto el pintor Emilio Grau-Sala y yo, eran hombres maduros. Estaba allí el propio José María de Sagarra, con el inolvidable y añorado Juan Bautista Solervicens y Manuel Brunet. Manuel Brunet había bautizado aquellas reuniones, que se prolongaban hasta la madrugada, con el nombre, tal vez de la época, de la «caverna». El pelo plateado y revuelto de Brunet resplandecía como una llamarada. Y su voz también. Parecía un profeta, un profeta antiguo y bíblico. El amaba a Cataluña, venía de las más firmes quebraduras de la Cataluña vieja. Y presagiaba ya lo que no iba a tardar en acontecer. Presagiaba el gran viento de la historia cruzarnos otra vez.

Pero Brunet no podía, ni ninguno de nosotros, aventurar y prever entonces, el inmenso cambio que habría de sobrevenir al mundo, y en el que el menguado concepto regional no puede hacernos olvidar que

nuestra periferia ya no es otra que Europa y el mundo entero. La textura simplemente histórica, según unas premisas establecidas, no puede siempre renovarse indefinidamente. Hablamos de la renovación de maquinaria y nos disponemos a «utillarnos», como ahora se dice, mecánicamente, como es menester en esta época. También debiéramos «utillarnos» sentimental e ideológicamente de acuerdo con los tiempos. Ninguna época sucede a la otra para copiarla íntegramente. Y justamente ahora, ahora en que ya no estamos en el siglo XVIII y —aunque parezca extraño— mucho menos en el XIX, es hora de revisar un poco el pasado para poder encauzar el porvenir.

Tal vez sólo —y todo—, sea una cuestión de perspectiva histórica. Ocorre como en las escaladas. A medida que nos remontamos, acertamos a ver con más holgura lo que está por delante. Pobres son aquellos que echando la vista atrás no pueden ver más que lo más reciente. A la vez que se les achica el pasado, ¿cómo van a ver todo el porvenir? Para alcanzar a ver lo que está por delante es preciso considerar el total y provechoso espectáculo de toda —pero *toda*— la historia. Yo veo a España ahora como una oleada magnífica de tiempo y de salud.

Yo no quisiera aburrir ni desconcertar a la concurrencia. Un acto inaugural habría de ser, sencillamente, una apertura de curso. La disposición de ese salón no era, sin embargo, ajena a un rapidísimo vuelo en perspectiva. Pero, evidentemente, ya han transcurrido con demasía los términos de la licencia que me he tomado. Debo añadir que el Ateneo Barcelonés no está hecho para esas lucubraciones personales. El Ateneo Barcelonés, está ideado, se sostiene y aspira a conservar su esencia de ámbito de cultura, de lugar de estudio, de diálogo y de contrastación intelectual.

Honra con su presencia en este acto, y nos preside, el Excelentísimo Sr. Ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne. El es universitario, político, escritor y diplomático. Nos honramos aquí con su presencia de manera afectiva, en la órbita peculiarmente española de una Europa en la que, precisamente, no está reñida la autenticidad de su vigor laboral, industrial, económico, con el impulso cultural que viene de muchos siglos atrás, y que es el patrimonio de su espíritu. Su presencia en esta casa es un gozo y un aliento.

Quisiéramos —y hablo en plural porque creo interpretar el sentir de todos mis compañeros de Junta Directiva y aun me atrevería a decir que de una gran masa de socios de la Entidad—, quisiéramos que el Ateneo no fuera una entidad como un resabio del pasado, ni una empresa cultural mortecina y anacrónica. Los caminos de la expansión cultural y de la contrastación de ideas son infinitos. El mundo exterior se nos mete en casa a través de la televisión y tardamos lo mismo en cruzar una comarca que en cruzar un océano. Quisiéramos que el Ateneo Barcelonés fuera entidad viva, incrustada en su tiempo, en la línea de él, y que fuera en la ciudad de Barcelona un vehículo significativo

y exigente de los fenómenos de la cultura. No hay tradición sin riesgo y estamos seguros de que podemos dar la zancada extensa que los tiempos precisan en orden a la rehabilitación de los servicios típicos de la entidad, cuya Biblioteca era hasta hace unos años un torrente de vida cultural siempre en actualidad, cuyos servicios no eran como los de un club para sensuales letargos. Conocemos ya la disposición del señor Ministro y me es grato anticipar que por su propia iniciativa se han confirmado los términos, elocuentes y muy satisfactorios para la entidad, de un decidido apoyo. Ahora falta el apoyo de más gentes. El apoyo de ese millón y medio de anónimos, pero vitales, corazones de la ciudad, que son los hombres que la habitan, antes de que se conviertan en muchedumbre. El Ateneo, como siempre está abierto a todos.

Y me doy ahora cuenta de que el enunciado de mi disertación no ha tenido nada que ver, o muy poco, con lo que aquí he dicho. Ponía en el cartel del vestíbulo —lo he leído al pasar y recuerdo que así lo dicté hace unos días—: «Ateneo, tradición y cultura». Sí; se ha hablado del Ateneo, se ha hablado de la tradición, se ha hablado de la cultura: pero ésta no ha sido una disertación ligada. ¿Qué importa? Lo digo ahora: Ateneo, tradición y cultura. Esta es la verdad.

He dicho.



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL

Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE



MINISTERIO
DE CULTURA



Excmos. señores; señoras y señores:

Es ciertamente grato el poder asistir a una sesión académica como esta que acabamos de tener. Un discurso como el que ha podido hacer Ignacio Agustí en una casa como ésta y ante un público como el que nos honra con su presencia, es, sin duda, algo consolador en el tiempo en que vivimos. A pesar de que las manifestaciones y las consecuencias pragmáticas de la inteligencia del mundo occidental han llevado hoy al hombre a posibilidades increíbles, a pesar de que son mayores que nunca las capacidades del hombre fabricante, del hombre actor en la naturaleza, es lo cierto que hemos de reconocer, que hemos de confesar quienes hemos hecho profesión de vida intelectual, que hoy no corren buenos tiempos ni soplan buenos aires para la vida de la cultura, para la vida del espíritu. Europa se emborrachó de racionalismo, quiso hacer una edición crítica solamente con la inteligencia, que es un cuchillo afilado pero que a veces corta demasiado. La reacción, ya desde finales de siglo, se ha producido, precisamente porque el hombre ha llegado a darse cuenta de los límites de la inteligencia; se ha dado cuenta de que es necesario ya recurrir a otras fuerzas sobrehumanas; y el hombre ha descubierto que, al cortar las raíces sobrenaturales de su vida, se encontraba perdido en un mundo de fuerzas oscuras, en la noche de las pasiones vitales, en la cual ha vuelto a renacer la anarquía del mito primitivo. El método racional ha sido sustituido por una sistemática negación de lo racional; por todos los lados vemos desaparecer el número y la norma, aunque quede en los formularios de los ingenieros; los vemos desaparecer en la capacidad del hombre para dominar su propia existencia, para regir su compostura moral, para organizar en formas corteses la vida en común, para encontrar en definitiva una comunidad, en la cual la paz interior y exterior sean norma y no, cada vez más, excepción.

Satisface, pues, digo, pensar que puede vivir en esta segunda mitad del siglo XX una institución como el Ateneo Barcelonés y que es posible escuchar en ella palabras de prudencia y de auténtica sabiduría, tan serenas como las que nos ha dicho hoy Ignacio Agustí. Pues bien, la presencia de un miembro, el más indigno del Gobierno, entre ustedes, a quien corresponde por razón de su Departamento el procurar que vivan estos centros y que lleven una existencia tan ancha y llena de

medios como sea posible, equivale, sin mucho valor por quien la hace, pero plena de sentido quizá por lo que contiene, a una declaración de fe en la inteligencia, de esperanza en la obra creadora, y, en definitiva, de comprensión hacia las necesidades dialécticas de esta inteligencia en un diálogo consecuente, para ir por la vía de la prueba y del contraste hacia el experimento de lo que sea la España de la segunda mitad del siglo xx, esta gran España en la que han de caber todos los españoles, todas las regiones, todas las ciudades, todos los pueblos y todos los hombres de España.

Ahora bien, la inteligencia, esa gran creación de Dios, y el alma que Él ha puesto en nosotros son, históricamente, cultura; son, sociológicamente, algo que se asienta en estructuras y en cauces sociales determinados; y hay que decir que, solamente dentro de estos cauces, es posible que la inteligencia vaya más allá de la interpretación pasajera y personal y que se convierta en auténtica labor de creación. Varios han sido y son los cauces posibles de la inteligencia en las sociedades humanas; ha habido culturas aristocráticas, ha habido y son necesarias organizaciones burocráticas profesionales de creación y transmisión permanente del pensamiento y yo me honro de pertenecer a esta burocracia profesional, en mi profesión normal; pero hay, sin duda ninguna, una forma de creación que ha sido la típica del mundo occidental en alguno de sus momentos más brillantes, y es la forma del patriciado burgués, vida que crean las grandes ciudades de nuestro Mediterráneo, de donde surgieron las estructuras artísticas, sociales, literarias y de vida que suponen Florencia o Venecia, Barcelona o Valencia en sus mejores momentos, y a las cuales sin duda alguna, en particular Barcelona, han hecho aportaciones singulares en dos momentos estelares de su historia: en la baja Edad Media, cuando surgió la cultura que llegó a dominar gran parte del Mediterráneo y que, en torno a los Juegos Florales, alcanzó formas de expresión estética extraordinaria; y en el siglo xix cuando, adelantándose a otras partes de España, como dice Ignacio Agustí, creó la nueva civilización industrial. Barcelona, a través de la prensa, de los Ateneos —como había ocurrido también en el País Vasco con la creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País—, fue creadora de formas específicas de cultura, adaptadas a las necesidades de una seria transición. En ellas se exploraron, unas veces con mayor fortuna y otras con menos, como ocurre con estos experimentos —la aventura de inteligencia es siempre una de las más arriesgadas— las zonas que el tiempo acababa de abrir.

Estas fueron sin duda ninguna, situaciones semejantes a la actual; un momento en el cual el viento de la historia empuja hacia la creación de nuevas unidades, que no han de surgir destruyendo las actuales ni dando marcha atrás al reloj de la historia sino, al contrario, potenciando lo existente para hacer con tales sillares la base de verdaderas y sólidas construcciones de mayor envergadura. Ello exige, en un mo-

mento en el cual las bases técnicas, las bases históricas, las bases económicas de nuestro mundo están cambiando, nuevas aventuras de la inteligencia; con cuidado, naturalmente, y con profunda responsabilidad en la labor que hemos de acometer. Al lado de una firmeza —que hemos asegurado con la gran victoria de España al realizarse a sí misma en su destino por este siglo, esa firmeza que es la defensa de lo fundamental—, éstos son momentos que exigen obras que sean sinónimo de amplitud, de generosidad, y de apertura. Las legítimas modificaciones han de ser asiento de un gran experimento realista, abierto hacia el futuro, sin nostalgias de lo que ya está bien liquidado y con plena fe en la capacidad creadora de nuestra raza y de nuestra estirpe. Este Ateneo, como los demás de España, debe ser la más importante tribuna en este aspecto de la vida cultural española que, al lado de otros igualmente legítimos, como son las universidades, como son los demás centros docentes, cumbre del sentido de extensión cultural y de grande y profunda preocupación social, debe hacer que la cultura no quede como un privilegio de la minoría, sino de que llegue a toda una grande España renovada, a todos los estamentos sociales. Los Ateneos deben ser centros de vida verdadera y no fantasmagórica, de cultura auténtica y no de gorgoritos personales; y en ellos lo español, uno y múltiple, debe ser como en sus mejores tiempos, el lema principal.

Es para mí una gran satisfacción decir estas palabras a propósito del Ateneo Barcelonés, tan bien dirigido hasta hace poco por don Pedro Gual Villalbí, y en la labor que se prolonga bajo la presidencia de don Ignacio Agustí, palabras que sólo expresan lo que se está practicando ya. Yo, en particular, quiero felicitar al señor Agustí, fundador de «Destino», fundador del Premio Nadal, autor de «La ceniza fue árbol» y con estas tres invocaciones de las muchas de su «curriculum», me refiero al hombre que ha estado siempre en la brecha del experimento creador. Y asegurarle que nuestro Departamento dará en particular, a esta casa, los medios necesarios para lograr, con la ayuda de todos, lo que es necesario para su funcionamiento y muy en particular, para su Biblioteca y sus medios instrumentales, porque en lo demás sólo ustedes tienen la palabra. Y sé que al decir esto en Barcelona, en esta ciudad dolorida por una desgracia reciente a la que, como un miembro más del Gobierno, tuve el honor de acudir en los días decisivos, en esta ciudad que, como otra gran gemela suya, merecería el lema de que «a veces fluctúa y tiene sus desgracias, pero nunca se hunde», soy consciente del valor especial que tiene este acto. No nos olvidamos que estamos en medio de una tragedia, en medio, por demás, de un mundo lleno de otras tragedias; reconocemos con ello que la vida sigue y que nada nos asusta. Ninguna riada podrá llevarse, por eso, al espíritu que, desde esta casa, es el espíritu de Barcelona, el espíritu de Cataluña, el espíritu de España, alerta al momento presente.

He dicho.



MINISTERIO
DE CULTURA





MINISTERIO
DE CULTURA

